EL ALBA

Vol. 29 No. 4

Julio – Agosto 2014

Publicada en Alemán, Español, Francés, Griego, Inglés, Italiano, Polonés, Portugués, Rumano y Ucraniano.

CONTENIDO DE ESTE NÚMERO

Publicada bimestralmente por Dawn Bible Students Association
División en español
199 Railroad Avenue
East Rutherford, NJ 07073 U.S.A
www.dawnbible.com
Todos los derechos reservados.
Sírvase notificarnos inmediatamente su cambio de domicilio. Incluya la etiqueta de envío de su revista, e envíela juntamente con su nueva dirección.
Precio anual: US $5.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-Vereinegung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252), D 67253 Freinsheim
ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires estudiantesdelabibliargentina@gmail.com
AUSTRALIA: Berean Bible Institute, P.O. Box 402, Rossana, Victoria, 3084
BRASIL: Aurora, Caixa Postal 77204, Nova Iguaçu, Rio de Janeiro, CEP 26210-970
E-mail: estudantesdabiblia_aurorabrasil@hotmail.com
CANADÁ: P.O. Box 1565, Vernon, British Columbia, V1T 8C2.
COLOMBIA:A.A. 7804, Medellín, Antioquia
ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42, 59100 Prato - Italia
FRANCIA: L'Aurore
45, Avenue de Gouvieux, 60260, Lamorlaye
GRECIA: He Haravgi (The Dawn) 199 Railroad Ave., East Rutherford NJ 07073 USA
INDIA: The Dawn, Blessington,
#34, Serpentine St., Richmond Town,
Bangalore 560025
ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible Students, 102 Broad Street, Chesham Bucks HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

Peculiar y Celoso 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

Glorifica a Dios con tu Cuerpo 20
El Amor Edifica 23
Superando la Tentación 26
Busca el Bien de los Demás 29
Consuelo Concedido a Través de la Oración 32
Una Comunidad Perdona 35
Tesoro en Vasos de Barro 38
Una Comunidad Comparte sus Recursos 41

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Organización de la Nueva Creación - Parte VI 44

The Dawn – Spanish Edition
Vol. 29 No. 4 – July/August 2014

A menos que se indique lo contrario la traducción de la Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera edición de 1960.

Printed in USA

Peculiar y Celoso

"Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad, y purificar para sí un pueblo peculiar, celoso de buenas obras."
—Tito 2:14 *(*Reina Valera Gómez)

LA PALABRA "PECULIAR" hoy en día está vinculada con el pensamiento de ser extraño, raro, pero en nuestro texto significa algo que es muy especial o fuera de lo común. Este es también el significado de la palabra griega de la que se traduce. Es cierto que el mundo considera al pueblo de Dios como extraño. Sin embargo el texto no está describiendo al pueblo del Señor tal como le parece al mundo sino, más bien, como es visto por Dios. Es muy especial para él —un tesoro en vía de ser un "diadema real" en su mano, a través del cual su gloria se reflejará a toda la humanidad a su debido tiempo. —Isa. 62:2, 3

Jesús fue el primero de estos "peculiares" tesoros especiales preparados por Dios para ser el conducto a través del cual todas las familias de la tierra serían bendecidas finalmente. Mientras estuvo en la tierra también encontró la burla y el desprecio general del mundo, particularmente de los líderes religiosos de

su día. Con palabras proféticas Isaías describió por adelantado este punto de vista en cuanto a Jesús: "No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos. Despreciado y desechado entre los hombres… y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos… nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido." —Isa. 53:2-4

Sin embargo, Jesús fue un "peculiar" tesoro especial para Dios. Continuando su profecía, Isaías habla del punto de vista del Padre con respecto a su Hijo amado. "La voluntad de Jehová será en su mano prosperada… Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartirá despojos." (vss. 10-12) A medida que nos esforzamos día tras día por desarrollar aún más la "mente de Cristo" debemos tomar nota de su carácter y de sus obras que resultaron en que fuera considerado un tesoro especial para el Todopoderoso. Al emular su "mente", y teniendo en cuenta los muchos pasajes de las escrituras con respecto a este importante tema, seremos capacitados, por la gracia de Dios, de ser estimados por él como "pueblo peculiar" y dignos de "repartir el despojo" de la herencia celestial con Cristo Jesús, nuestro Cabeza y Precursor.

PROMESAS DE AYUDA

Puesto que los llamados a la fase celestial del reino para ser coherederos con Cristo son un tesoro especial para el Padre Celestial él ha tomado todas las medidas necesarias para satisfacer todas sus necesidades: cuando están débiles, les da fuerza; cuando se sienten cansados y desfallecidos, los refresca con el agua de la verdad y el alimento de su Palabra; cuando les falta sabiduría, les proporciona todo lo necesario; cuando no saben qué camino tomar, su palabra es una luz para su camino y escuchan una voz detrás de ellos diciendo: “Este es el camino, andad por él.” —Isa. 30:21

Muchos son los enemigos del pueblo peculiar de Dios, pero él ha prometido protegerlos y con ese fin ha proporcionado la armadura de la verdad y la fortaleza de su Palabra. Por lo tanto, se les asegura que no puede sobrevenirles ningún mal porque mayor es el que está de su lado a todos los que están en su contra. Afirman la promesa: “El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente.” —Sal. 91:1

En su estado carnal el pueblo de Dios es débil y manchado, no llega a la norma perfecta de la justicia a la que aspira; sin embargo, esto no los deprime, pues Dios los ha redimido por la sangre preciosa de Cristo. Por consiguiente, son purificados y apartados para ser colaboradores de Jesús, que les amó y dio su vida para que pudieran vivir. Con Pablo exclaman: “Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condenará?” (Rom. 8:33, 34) En el

consuelo de este conocimiento siguen adelante con la confianza de que el que comenzó la buena obra en ellos es capaz de realizarla en su propio tiempo y para su propia gloria. —Fil. 1:6

CON CONDICIONES

Si bien es un gran honor ser parte del pueblo peculiar de Dios y muy gratificante darse cuenta de la gran cantidad de promesas preciosas y grandísimas que ha hecho a favor de nosotros, debemos recordar siempre que nuestra posición delante de él en este puesto depende de nuestra fidelidad en hacer su voluntad. En este sentido estamos en la misma posición ante Dios como lo estaba su pueblo típico, Israel. A ellos dijo: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra.” —Éxodo 19:5

Hay muy pocas promesas de Dios incondicionales. Israel falló en su intento por calificar como su tesoro peculiar porque no escucharon su voz y no mantuvieron su pacto con él. Es a causa de su fracaso, y el rechazo definitivo del Mesías, que esta oportunidad llegó a los creyentes gentiles. Esta es la razón por la que hemos tenido el privilegio de escuchar el llamado de Dios y se nos ha concedido la oportunidad de ser su tesoro especial. Seguramente estemos agradecidos por esto, pero recordemos que las condiciones de

nuestra aceptación todavía aplican, a saber, las condiciones de obediencia.

Este pensamiento se destaca en nuestro texto por medio de la declaración de que el pueblo que se menciona es "celoso de buenas obras." Estos dos pensamientos son inseparables. No hay manera de calificar como un miembro de la clase de personas peculiares aparte de ser celoso, aunque simplemente ser celoso no es suficiente. A menos que el celo sea de buenas obras no valdrá para nada.

Jesús llama nuestra atención a este pensamiento. Dijo que muchos vendrían a él, diciendo: "¿No hicimos en tu nombre muchos milagros?" Sin embargo, la respuesta del Maestro es "nunca os conocí." (Mat. 7:22, 23) Sin duda sabían que estaban trabajando, pero también sabía que el trabajo de estos celosos no estaba en consonancia con el plan del Padre ni se efectuaba desde una condición apropiada de corazón. Por lo tanto, no los elogió.

OBREROS APROBADOS

Es de vital importancia para todos los que aspiran a ser de la clase de personas peculiares asegurarse de que su celo esté bien orientado. Pablo nos dice cómo hacerlo. En su segunda carta a Timoteo escribe: "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad." (2 Tim. 2:15) Aquellos a quienes Jesús diga "nunca os

conocí" estarán muy desilusionados porque no habían procurado con suficiente diligencia presentarse a Dios aprobados, a pesar de que ante los hombres aparecieran como tales.

Las Escrituras hablan de un "celo de Dios" no "conforme a la ciencia." (Rom. 10:2) Tal celo podría ser de obras maravillosas en vez de obras buenas; o el afán de promover sus propias opiniones y, por tanto, buscar la aclamación de los hombres; o un celo por seguir a un líder humano o por crear una organización imponente; alguien aún podría tener celo por la obra que Dios quiere que se haga, pero podría ser suscitado por un motivo incorrecto.

Pablo llama nuestra atención a esta última posibilidad diciendo que aun si repartimos todos nuestros bienes para dar de comer a los pobres y entregamos nuestros cuerpos aun para ser quemados, y no tenemos amor, de nada nos sirve. (1 Cor. 13:3) Es una parte de las buenas obras de Dios de entregar nuestro cuerpo en sentido figurado para ser quemado. Pablo nos invita a hacer esta misma cosa diciendo: "Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional." —Rom. 12:1

Jesús señaló las condiciones del camino estrecho al joven rico diciendo: "Anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres… y ven y sígueme." (Mat. 19:21) De hecho, todos estamos invitados a presentarnos a nosotros mismos y todas nuestras

posesiones a Dios para ser usados por él como quiera. Sin embargo, si además del amor nos impulsa cualquier otro motivo a hacerlo, esto significa que no tenemos el tipo de celo apropiado y no estamos celosos de lo que Dios considera buenas obras.

ESTUDIO SINCERO

Pablo nos amonestó, como ya se ha citado, "Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado." Este es el único motivo apropiado para estudiar la Biblia, y vale la pena que nos examinemos para asegurarnos de que estamos intentando aprender sinceramente la voluntad de Dios. El corazón humano es engañoso y tenemos que vigilar constantemente para no usar mal la Palabra de Dios en un intento de justificar algún punto de vista privado de nuestra propia invención o quizás alguna actividad especial en la que deseamos participar. Esta actividad especial puede no ser incorrecta desde el punto de vista divino o puede ser un servicio especial al que nos adaptamos naturalmente; sin embargo, si se lleva a cabo con la intención de la vanagloria o el honor personal, y no por la gloria y el honor de Dios, entonces sería en vano.

Vale la pena preguntarnos en todos nuestros estudios de la preciosa Palabra de Dios si estamos motivados totalmente por el deseo de conocer y hacer la voluntad de Dios. "Algunos leen para

probar un credo preconcebido", escribió el poeta, "y, por lo tanto, entienden poco de lo que leen." Podemos imaginar no tener que probarnos ningún credo preconcebido, pero tenemos que estar atentos, pues, sin duda, no queremos ser obreros que se avergüencen.

Está bien tener en cuenta que el estudio de la Biblia en sí misma es sólo una preparación para las buenas obras que tienen aprobación divina. Además, tenemos que hacernos obreros aprobados de Dios. Nos esforzamos, a través del estudio, por usar correctamente la Palabra de verdad con el fin de que en nuestra obra para Dios, podamos ser obreros que no tienen de qué avergonzarse—obreros a los cuales no nos dirá "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad." —Mat. 7:23

Es necesario usar correctamente la Palabra de verdad con el fin de saber qué quiere Dios que hagamos. Tenemos que usarla dispensacionalmente. Por ejemplo, había un tiempo en el plan de Dios, cuando era la voluntad de Dios que su pueblo matara realmente a sus enemigos porque su maldad había llegado a su plenitud. (Gén. 15:16) Sin embargo, hacerlo ahora, sin duda alguna, no manifestaría un celo de buenas obras, porque Jesús nos mandó, "Amad a vuestros enemigos. (Mat. 5:44) Citando otro ejemplo, Jesús dijo a sus discípulos que no fueran a los gentiles, pero esta comisión restringida ya no se aplica a nosotros hoy

en día. De hecho, la cambió el mismo Jesús después de su resurrección.

¿QUÉ SON BUENAS OBRAS?

Fundamentalmente ninguna obra puede considerarse buena si no está en armonía con la voluntad de Dios. El joven que se acercó a Jesús y le preguntó cómo podría alcanzar la vida eterna se le dirigió como "Maestro bueno." Jesús le respondió: "¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno sino uno: Dios." (Mat. 19:16, 17) Jesús no quiso decir que él mismo era imperfecto o pecador. Simplemente enfatizaba el hecho de que el Padre celestial es la fuente de toda bondad.

Jesús repudió la bondad intrínseca. Todo lo que poseía había procedido de su Padre. Explicó que las palabras que hablaba no eran suyas. Eran palabras de gracia que radiaban simpatía, bondad y amor. Cualquier hombre podría gloriarse justamente en esas palabras, que reflejaban esa maravillosa sabiduría y autoridad. Sin embargo, Jesús no se las atribuyó. Eran palabras de su Padre, como explicó.

Lo mismo era cierto de las obras milagrosas de Jesús. Qué maravilloso debía haber sido llevar alegría a las vidas de las personas abriendo los ojos ciegos, destapando los oídos sordos, limpiándoles de la terrible enfermedad de la lepra y levantando a sus muertos a la vida. Alguien menos perfecto que el Maestro, y menos consciente de su absoluta dependencia de Dios por todo, podría haber estado

tentado de atribuirse un poco el mérito de todo el bien que estaba haciendo, pero no Jesús.

Él estaba presto a recordarle a la gente que las obras que hacía no eran sus obras, sino las del Padre. Por lo tanto cuando el joven se le dirigió como "Maestro bueno", la primera cosa esencial que hizo Jesús fue dirigir la mente y el corazón del joven a Dios, fuente de toda bondad. Sobre la misma base de este razonamiento nos damos cuenta de que para ser celoso de buenas obras debemos ser fervientes en las cosas que tienen su origen en Dios, en las cosas de su plan y en la obra en la cual nos ha invitado a colaborar.

OBSERVANDO TODAS LAS COSAS

Después de la resurrección de Jesús, encargó a sus discípulos ir por todo el mundo y predicar el Evangelio, enseñando a aquellos que creían observar todas las cosas que había mandado. (Mat. 28:19, 20; Hechos 1:8) Esta comisión no ha sido ni modificada ni retirada, y su obediencia designa a los seguidores del Maestro como luces en el mundo. En la providencia de Dios, y de acuerdo con la progresión ordenada de su plan, los resultados de la obra cristiana varían, pero hay pocos cambios en la obra en sí.

Durante gran parte de la edad actual, la predicación del Evangelio era como una siembra de grano, pero al final de la edad el resultado se compara con una cosecha del trigo maduro. Sin

embargo, los principios básicos del Evangelio no cambian. Durante la Edad de las Tinieblas muy pocos entendían o predicaban acerca del reino, de la restitución o de otras facetas de la verdad porque no era el debido tiempo de Dios para una amplia divulgación de su plan. Sin embargo, a medida que se acercaban estos eventos, el Señor suministró una gran difusión del mensaje del Evangelio al comenzar el tiempo de la cosecha.

La buena obra de anunciar el Evangelio del reino significa simplemente más que dar testimonio. Aquellos que le aceptan como discípulos creyentes deben ser enseñados a observar todo lo que el Señor ha mandado. Esto significa que debemos animar a los que están atentos por presentarse en plena consagración a Dios. Las personas que hacen esto, y por consiguiente entran en comunión con los santos, deben ser edificadas en la santísima fe. Por lo tanto, todos tenemos una responsabilidad para con los demás, y si realmente somos celosos de las buenas obras de Dios nos deleitaremos con el privilegio de entregar nuestras vidas en este servicio divinamente designado.

Vale la pena tener en cuenta la limitación colocada sobre nuestra obra por el Maestro. Debemos proclamar el Evangelio, pero no debemos imponer cargas en los creyentes más allá de lo que Jesús nos ha enseñado a observar. Si estudiamos la Palabra con el sincero deseo de saber lo que el Señor ha mandado a fin de que podamos

demostrarnos aprobados por él, no será difícil discernir entre esas cosas y las diversas cuestiones secundarias que pueden surgir en nuestras mentes de vez en cuando.

FUTURAS BUENAS OBRAS

Jesús ejemplificó una mayor consideración de las buenas obras de Dios que deben hacerse a favor de los hombres, a saber, curando sus enfermedades y dándoles vida. Los seguidores asidos a Cristo están dispuestos a participar en esta futura obra gloriosa. Refiriéndose a las obras que efectuó, Jesús dijo a sus discípulos, "aún mayores se harán." (Juan 14:12) Estas obras mayores de curación y de restauración de la humanidad a la vida eterna no son sino la secuencia lógica de la obra de esta edad. El mensaje del Evangelio es un llamado a esta obra y un esbozo de las calificaciones necesarias para convertirse en participantes de la misma.

Una de estas calificaciones es un celo consumidor en la obra de prepararse para esos futuros privilegios. Tal y como Jesús nos comisionó, debemos enseñar a los creyentes a guardar todas las cosas que había mandado, pero es igualmente importante que nosotros mismos guardemos los mandatos divinos. Nos estremecemos al pensar que la voluntad de Dios está realizándose por toda la tierra y nos gloriamos en la esperanza de participar en la obra de reconciliación que logrará esta bendita condición.

Rogamos encarecidamente: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.” (Mat. 6:10) Sin embargo, no debemos pasar por alto nunca la necesidad de contar con la voluntad de Dios en el momento presente, en nuestros propios cuerpos mortales. Esta es la gran lección que debe aprenderse ahora. Es el principal resultado actual de la buena obra que debe consumirnos diariamente a medida que nos esforzamos por cumplir nuestros votos de consagración al Señor y procurar celosamente conformarnos a la “mente de Cristo”.

EL EJEMPLO DE JESÚS

Caso de que alguna vez se produzca cualquier cuestión en nuestras mentes en cuanto a lo celosos que debemos ser podemos resolverla mediante la observación del ejemplo de Jesús. Se profetizó que él iba a consumirse por el celo de la casa de Dios. (Sal. 69:9; Juan 2:17) El innegable cumplimiento de esta profecía, demostrado por la incansable dedicación del Maestro a la obra que el Padre le había mandado hacer, es una cuestión de constancia en los cuatro registros evangélicos de su vida y muerte sacrificial. Sería imposible para cualquiera de nosotros ser más celoso que Jesús.

El celo del Maestro se manifestó no sólo en su servicio a Dios, sino también en su determinación para servir en la forma descrita para él por el Padre. Su celo estaba siempre de acuerdo con el conocimiento, de ahí redundó en un sacrificio

aceptable. Nosotros también deberíamos preocuparnos por la forma en que servimos y el espíritu con el que lo hacemos. Y también por la medida en que nuestras propias vidas estén de acuerdo con los altos estándares de la justicia esbozados para nosotros en la Palabra de la verdad. Debemos tener celo por hacer la obra correcta, de la manera correcta y en el momento adecuado.

“DEBAJO DE UN ALMUD”

En el Sermón del Monte Jesús nos amonesta a no ocultar la luz del Evangelio “debajo de un almud”, sino a ponerla “sobre un candelero” para que se pueda ver. (Mat. 5:15) Hay diversos almudes debajo de los cuales puede ocultarse la luz. El temor del hombre es uno de ellos. Podemos estar dispuestos a contener la verdad a nosotros mismos por miedo a lo que nuestros amigos y familiares puedan pensar de nosotros. Una mayor fe en Dios, una oración más sincera por ayuda y una morada más rica del Espíritu de amor por él y por la humanidad que sufre ayudará a eliminar este almud.

El almud de limitación se sugiere a veces. Debido a que algunos han demostrado un celo que no ha estado de acuerdo con el conocimiento, la tendencia puede ser suponer que una salvaguardia contra el celo equivocado es menos celo. Se adopta la actitud de que lo más apropiado es establecer un límite en lo que vamos a hacer por el Señor. Sin embargo,

esta no es la manera correcta de corregir una práctica errónea.

En lugar de poner nuestra luz debajo del almud debido a un menor celo y a una limitación autoimpuesta en cuanto a la cantidad de tiempo y energía que vamos a dedicar a la propagación del Evangelio, todo lo que tenemos que hacer es proclamar el mensaje de la verdad y estar seguros de que nuestra actividad está motivada por el Espíritu del Señor. Si estamos haciendo estas dos cosas entonces podemos quitar sin reservas las limitaciones y entregarnos total y celosamente a la obra bendita de dejar brillar nuestra luz.

El almud de una mala interpretación también ocultará la luz si se lo permitimos. Por ejemplo, la parábola de la red echada al mar describe la obra de pescar, y más tarde la de separar los peces. (Mat. 13:47, 48) Jesús también dijo, “Os haré pescadores de hombres.” (Mat. 4:19) Se plantea a veces la sugerencia de que la labor de pescar a los hombres era muy apropiada a través de la edad, e incluso en la parte anterior de la Cosecha de la Edad Evangélica, pero ahora, estando en el tiempo de la separación, no debe hacerse ninguna otra actividad pesquera.

Sin embargo, debemos recordar que al igual que el mensaje del Evangelio es el que atrapa a los peces así también es el mismo mensaje el que los separa. Es Dios quien decide cuáles son aceptables, y su decisión se basa en la forma en la que cada uno

responde a la verdad cuando escucha y, a fin de que el Evangelio sea escuchado incluso por aquellos que ya profesan ser cristianos, debe proclamarse. Por tanto, todavía es la voluntad de Dios que su pueblo siga proclamando su mensaje.

Las instrucciones de Dios son tan concretas sobre la cuestión del servicio cristiano que podemos concluir con certeza que cualquier interpretación de su Palabra cuyo propósito sea retenernos de proclamar la Verdad está fundamentalmente equivocada. Tales interpretaciones no pueden servir a ningún otro propósito que el de ser almudes para ocultar la luz del Evangelio y, por lo tanto, contrarias al propósito de Dios en darnos la verdad.

Dejar brillar nuestra luz implica el sacrificio de la carne, tal como se representa en el destrozo de los cántaros por la pequeña banda de Gedeón. (Jueces 7:19,20) Aquellos cántaros ocultaron la luz, y no fue hasta que se rompieron que podría verse la luz. La carne es lo que retiene el sacrificio. Por lo tanto, como nuevas criaturas, tenemos que estar alerta para detectar el falso razonamiento de nuestra mente humana en un intento de encontrar excusas para no ser celosos en el servicio del Señor, de la verdad, de los hermanos. Tenemos que aprender a derribar estas imaginaciones, o razonamientos, que se levantan contra el conocimiento de Cristo. —2 Cor. 10:5

UN CAMINO ESTRECHO

Las condiciones sobre las cuales podemos calificar para ser el pueblo peculiar de Dios son muy exigentes. El camino que conduce a la gloria es muy estrecho. Sólo los verdaderamente celosos y sinceros escucharán finalmente el "bien hecho" del Señor. El Apóstol Pablo expresó el punto de vista correcto cuando escribió "una cosa hago." (Fil. 3:13) No podemos esperar ganar el premio de la salvación dando toda nuestra atención, en primer lugar, a aprender la voluntad divina, y, luego, hacerla celosamente. Algo para nosotros y algo para Dios no funcionará. Nada para nosotros y todo para Dios y para la realización de su voluntad es lo que significa ser su pueblo peculiar, celoso de buenas obras.

No podemos llegar a nuestra meta por nuestras propias fuerzas, sino que, como ya hemos visto, Dios ha prometido ayudarnos. Él nos dará la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo. No somos un pueblo peculiar a causa de lo que seamos capaces de lograr, ya sea por nosotros mismos o por los demás. Dios no necesita nuestra ayuda. Lo que él atesora es una mente y un corazón dispuestos, nuestro aprecio por su gloria, nuestro entusiasmo por su plan. Si somos verdaderamente celosos hacia todo por lo que él está a favor, él hará el resto. Él nos dará la fuerza, la sabiduría y el perdón a fin de poder ser colaboradores eficaces y aceptables con él. ¡Cuán altamente honrados somos por Dios y qué

gloriosa disposición ha hecho a través de Cristo para que podamos probarnos dignos de ese honor!

Glorifica a Dios con tu Cuerpo

Versículo Clave: "¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?" — 1 Corintios 6:19

Escritura Seleccionadas: 1 Corintios 6:12-20

EL PADRE celestial requiere que su pueblo escogido de la edad actual, los seguidores consagrados de Cristo, sean leales constantemente y le amen supremamente. A éstos se les dio una "nueva mente", que en la actualidad mora en el viejo cuerpo de carne. Este cuerpo es a lo que se refiere en nuestro versículo clave como "el templo del Espíritu Santo", y debe mantenerse como un santuario. Cada fiel hijo consagrado de Dios, por lo tanto, se considera como una "morada" para el Padre celestial y su hijo Jesucristo, a través del poder e influencia moradores del Espíritu Santo.

Hay ciertos requisitos que deben cumplirse para mantenernos en buen estado de ser la morada de Dios. A medida que deseemos andar en los caminos de Dios, tenemos que mostrar aprecio por su grandeza, comprender nuestra propia insuficiencia sin su guía y, a continuación, mostrar

nuestro amor y respeto por su amable ayuda. Tenemos que apartar la mirada de nuestros propios pensamientos y planes, y permitir que nuestra mente se enfoque en la grandeza del carácter de Dios y la sabiduría de sus dictados. Esto hará que tengamos la debida reverencia por el Señor y sus arreglos divinos.

"El temor de Jehová es el principio de la sabiduría." (Prov. 9:10) La palabra "temor" en este versículo significa "reverencia." Suprema reverencia a Dios es uno de los elementos claves que se necesita para que su Espíritu habite en nosotros. Ya que este se considera como el "principio" de la sabiduría, esto implica que a medida que crezca nuestra reverencia por Dios, también crecerá nuestra sabiduría, especialmente a medida que lleguemos a conocer más y más de su carácter.

Reverencia es muy importante en nuestros tratos con y nuestro servicio por el Padre celestial. Eso se nos señala en Deuteronomio 10:20, que dice: "A Jehová tu Dios temerás, a él solo servirás, a él seguirás, y por su nombre jurarás." En otra escritura se nos dice: "Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre." (Ecl. 12:13) Estas palabras muestran la seriedad de llevar una vida que es agradable al Padre celestial. Tal reverencia exige que mantengamos nuestro corazón y nuestros motivos lo más puros como

posible. “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida.” —Prov. 4:23

Otro punto importante que hay que recordar de nuestro versículo clave es que se habla de nuestro cuerpo desde el punto de vista de una nueva relación en Cristo. Dios ya no considera nuestro cuerpo como el “templo” de la caída carne humana y de sus muchas debilidades y flaquezas. Más bien, nos considera como una “nueva criatura… en Cristo.” (2 Cor. 5:17; Gal. 6:15) Para alcanzar esta condición, Dios ha hecho provisión que nuestra carne caída sea “rode[ada]… del manto de justicia [de Jesús]. —Isa. 61:10

El hecho de que estamos “rodeados” del manto de justicia del Salvador de ninguna manera significa que no tenemos nada más que hacer. Debemos llevar nuestra vida de una manera que sea compatible con el carácter de Jesús—Aquel por quien hemos sido cubiertos con el mérito de su sangre. Tenemos que amar a Dios con todo nuestro corazón, mente y fuerza. Nuestro tiempo, talentos, influencia, medios, y todo lo que tenemos, pertenece a Dios, para utilizarse a su honra y gloria. También debemos “amarnos unos a otros”, y si lo hacemos, “Dios permanece en nosotros”, como el templo de su Espíritu Santo. —1 Juan 4:12

Lección Dos

El Amor Edifica

Versículo clave: "Pero mirad que esta libertad vuestra no venga a ser tropezadero para los débiles." —1 Corintios 8:9

Escrituras Seleccionadas: 1 Corintios 8

EL AMOR se define más claramente en las Escrituras por sus acciones. La Biblia habla de los actos de bondad, del dar limosnas a los necesitados, y de la buena voluntad general entre los hombres. Incluso entre las personas del mundo, muchos son conmovidos genuinamente por causas benéficas y como resultado actúan con generosidad. Se nos recuerda del discurso del Apóstol Pablo sobre el tema del amor, como demostrado en las palabras, "El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece… no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser." —1 Cor. 13:4, 6-8

En la lección de hoy, que proviene de 1 Corintios 8, el Apóstol Pablo usa un ejemplo de su día para ilustrar la importancia del amor. Bajo el antiguo Pacto de la Ley, los judíos recibieron la orden de observar ciertas ordenanzas con respecto

al alimento. En particular, algunos alimentos eran prohibidos de comerse. Pablo explicó que una vez que un seguidor de la Ley entrara en Cristo, ya no debiera seguir estas reglas. Ahora era libre de esta "servidumbre" y gozaba de la "libertad en Cristo." Sin embargo, como dice Pablo en el versículo clave, esta libertad no debería usarse para tropezar a otros si fuera posible. En tales casos, el amor es el factor predominante. Como él dice en el primer versículo, "El conocimiento envanece, pero el amor edifica."

La importancia del amor para el seguidor de Cristo no se puede exagerar. A fin de tener tal disposición cada día, debemos ser diligentes en "llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo." (2 Cor. 10:5) En la medida que nos esforzamos en mantener nuestros corazones y pensamientos obedientes al ejemplo de amor de Cristo, no habrá espacio para guardar malos pensamientos hacia los demás. Para alcanzar un nivel tan alto se requiere mucho esfuerzo y práctica. Pablo nos dice: "Procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres." —Tit. 3:8

Como hijos de Dios, el desarrollo del amor no sólo debe considerarse nuestra primera responsabilidad y privilegio, sino también algo continuo y diario de nuestro camino. De hecho, será la culminación de nuestros privilegios en este lado del velo. Por lo tanto, debemos mantener ante nuestras mentes y ante nuestros corazones tales

exhortaciones como: “Permanezca el amor fraternal” y “Honrad a todos. Amad a los hermanos.” (Heb. 13:1; 1 Ped. 2:17) El amor fraternal tiene en su núcleo la calidad de amistad, por lo que también se nos recuerda que “En todo tiempo ama el amigo.” (Prov. 17:17) A medida que nuestras mentes se enriquecen en estos importantes principios de amor, nos daremos cuenta de que nuestras palabras y acciones también deben ser las de amor, bondad y consideración hacia todos, “mayormente a los de la familia de la fe.” —Gal. 6:10

En el libro de Judas, leemos: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe.” (vs. 20) Esto es muy importante, ya que indica que nuestro carácter, encarnado en la calidad de amor, debe ser “construido” en una base firme de fe, la “fe que ha sido una vez dada a los santos.” (vs. 3) Así capacitados, debemos seguir obedientemente las palabras de nuestro Señor, “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: amarás a tu prójimo como a ti mismo.” —Mat. 22:37-39

Superando la Tentación

Versículo clave: "No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar."
—1 Corintios 10:13

Escrituras Seleccionadas: 1 Corintios 10:12-22

A PRIMERA vista, cuando leemos las palabras de nuestro versículo clave tocante a la tentación, pudiéramos tener la impresión de que Dios es la fuente de los atractivos que engañan a uno o inducen a alguien a hacer el mal. Sin embargo, sabemos que esto no puede ser el pensamiento correcto basado en las palabras de Santiago 1:13. Este versículo dice: "Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie." Dios no tiente "con el mal." Otro significado de la palabra "tentación" es "probar". Es en este sentido que se habla de la tentación en nuestro versículo clave. Dios, en efecto, sí nos prueba y permite que las experiencias difíciles nos lleguen. Él incluso supervisa estas cosas, como se desprende de nuestro texto. No obstante, en nada de

esto, él nunca nos induce hacia el pecado.

Satanás es el verdadero tentador de la humanidad hacia el mal, tratando de atraparnos en caminos equivocados y conducta malvada. También es el enemigo de los seguidores de Cristo, e intenta traernos bajo su influencia a través de nuestra naturaleza humana caída. Sin embargo, como podemos ver en las palabras de nuestro texto, el Padre celestial está cuidando de nosotros continuamente. Él nos ayudará a evitar las caídas si somos sumisos a sus dictados y nos esforzamos por complacerle en todas las cosas.

Para vestirnos del carácter de Cristo, se requiere que transformemos nuestras mentes de lo carnal a lo espiritual. Esta transformación exige mucho en la forma de pruebas, y a veces incluye "pruebas de fuego", para que nuestra fe y la profundidad de nuestra consagración puedan ser comprobadas plenamente ante Dios. Esto debe acompañarse con la comprensión de que no hay nada de valor eterno en esta tierra y nada en nuestra carne que debemos desear. Pablo dijo, "Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra." —Col. 3:2

En el siguiente versículo se nos dice que nuestra "vida está escondida con Cristo en Dios." (vs. 3) Nuestra vida "está escondida con Cristo" en el sentido de que el plan del Padre celestial con respecto a nuestra prueba se está llevando a cabo sobre la base del mérito del rescate de Cristo,

que nos ha justificado. Por la gracia de Dios “nos hizo aceptos en el Amado.” (Ef. 1:6) Siendo aceptos, por lo tanto, podemos reclamar la promesa: “Ahora somos hijos de Dios.” (1 Juan 3:2) En el siguiente versículo, Juan continúa: “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.” Para sacar provecho apropiadamente de las pruebas de las cuales se habla en nuestro texto de apertura y para resistir las tentaciones del enemigo hacia el pecado, debemos purificar nuestros corazones y nuestras mentes continuamente, limpiando nuestra conducta y teniendo en cuenta la “doctrina de Cristo.” —2 Juan 9

Existe una relación directa entre la fidelidad bajo prueba, y la participación con nuestro Señor Jesucristo en su reino futuro para bendecir a la familia humana. Es por nuestras pruebas en el tiempo presente que estamos aprendiendo a ser sumos sacerdotes misericordiosos y compasivos. Se requerirá mucha misericordia y compasión en la próxima edad a medida que la humanidad sea llevada a la perfección de mente, de corazón y de carácter. Por lo tanto, para el pueblo consagrado del Señor hoy en día, nada menos que nuestros mejores empeños para ser santos, y de tratar de quitar las debilidades de la carne, será aceptable a los ojos de Dios.

Lección Cuatro

Busca el Bien de los Demás

Versículo clave: "¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación." — 1 Corintios 14:26

Escrituras Seleccionadas: 1 Corintios 14:13-26

AL CONSIDERAR las palabras de nuestro versículo clave, la atención se enfoca en la importancia de reunirse con otros "para edificación", con el fin de animar y ayudar mutuamente al cuerpo de Cristo. Esto se llama aún más a nuestra atención en estas palabras: "Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca." (Heb. 10:24, 25) Las palabras del versículo 24 del *Diaglotón Enfático de Wilson* se vierten de la siguiente manera: "Y debemos guardar en mente uno al otro, para una incitación de amor y de buenas obras."

Estas palabras están dirigidas a aquellos que han entrado en una relación de pacto con Dios. El

pensamiento del apóstol es que el deseo de animar uno al otro hacia el "amor y las buenas obras" debería ser el objetivo de la comunión cristiana, y el propósito por el cual se reúnen los seguidores del Maestro. De hecho, no podemos animar uno al otro a menos que estemos reunidos. En otro lugar se nos dice que "Juntadme mis santos; los que hicieron conmigo pacto con sacrificio." (Sal. 50:5) Aunque la última "reunión" de los santos se celebrará más allá del velo, incluso ahora tenemos el privilegio de asociarse con los de "una fe igualmente preciosa que la nuestra." —2 Ped. 1:1

Todos necesitamos la ayuda y el ánimo que salen del congregarnos "para edificación." En Efesios 4:4-6, Pablo nos recuerda del espíritu de la unidad que debe motivar nuestra asociación. Dice primero: "Hay un cuerpo" —Cristo, el cabeza, y nosotros, los miembros de su cuerpo. Hay "un Espíritu" —el Espíritu Santo, que nos guía. Hay "una misma esperanza de vuestra vocación" —la esperanza de ser fieles aun hasta la muerte. Hay "un Señor" —nuestro salvador Cristo Jesús. Existe "una fe" –la fe en el mérito del rescate de Jesús. Hay "un bautismo" —un bautismo o inmersión, en Cristo. Por último, hay "un Dios y Padre de todos" —nuestro amoroso Padre celestial, que es "sobre todos".

En los versículos anteriores de Hebreos 10:24 25, el apóstol Pablo hace otra declaración importante. Nos dice que nuestra comunión y

asociación uno con el otro, con el fin de estimularnos al amor y a las buenas obras, es cada vez más esencial, a medida que vemos que "aquel día se acerca." Este "día" pueda ser un tiempo en el que el pueblo del Señor, debido a las condiciones en la tierra, no tenga la oportunidad de reunirse. También pueda ser el "día" para cada uno de nosotros cuando, por razones de salud u otras circunstancias, no seamos capaces de reunirnos. Sin importar cuál sea el significado de "aquel día que se acerca", que participemos activamente ahora en trabajar juntos "para edificación", recordando la sabiduría de estas palabras: "Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas." —Ecl. 9:10

Jesús puso un ejemplo perfecto para nosotros en cuanto a nuestra lección. Siempre en su asociación con los discípulos, él trataba de estimularlos de una manera positiva al amor y a las buenas obras el uno hacia el otro y hacia Dios. Que seamos motivados del mismo modo, "Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa." —Fil 2:1, 2

Lección Cinco

Consuelo Concedido a Través de la Oración

Versículo clave: "Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación." —2 Corintios 1:7

Escrituras Seleccionadas: 2 Corintios 1:3-11

DESDE EL principio de esta epístola, Pablo da testimonio de la autoridad divina que había recibido para su ministerio, identificándose como "apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios." Él no se nombró a este puesto, ni tampoco recibió su ordenación de manos de hombre. Al saludar a los hermanos de Corinto, él expresó su deseo de que debieran recibir la gracia y la paz de Dios el Padre por medio de su hijo, Jesucristo. —2 Cor. 1:1, 2

Pablo continuó, diciendo: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios." (vss. 3, 4) Pablo era capaz de consolar a

otros porque, aunque había aguantado muchos sufrimientos por el hecho de ser vituperado por el nombre de Cristo, no obstante recibió consuelo divino que lo apoyaba en medio de sus aflicciones. —vss. 5, 6

Nuestro versículo clave subraya la confianza de Pablo de que los sufrimientos de los hermanos de Corinto serían más que compensados por el gozo de su condición de engendramiento espiritual como nuevas criaturas en esta vida. Si fueran fieles, tendrían la perspectiva adicional de un nacimiento espiritual y de obtener una herencia celestial. Esto los capacitaría de regocijarse en la presencia del Padre por toda la eternidad.

Entonces, Pablo alude a las duras pruebas que le sobrevinieron en Asia, aunque no se especifica la naturaleza exacta de ellas. Sin embargo, estaban tan abrumadoras, que previó la posibilidad de la muerte. No obstante, reconoció que Dios, que lo había libertado en el pasado, seguiría proporcionándole la fuerza necesaria para soportarlas hasta que fuera liberado de forma permanente de las tribulaciones asociadas con su fidelidad en seguir las huellas del Maestro. —vss. 8-10

En el versículo 11 leemos: “Cooperando también vosotros a favor nuestro con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don concedido a nosotros por medio de muchos.” Aquí Pablo reconoce el valor de

oración intercesora a su favor, de ahí dándonos un ejemplo de imitarse a medida que rogamos al trono de la gracia celestial para proporcionar socorro a los creyentes consagrados quienes, de otra manera, pudieran desmayarse bajo el peso de varias pruebas.

La persecución por causa de la justicia es algo que todos los elegidos de Dios experimentarán en sus vidas. Según la carne, ninguno de nosotros desea tales sufrimientos. Sin embargo, debido a que nos hemos comprometido a seguir el ejemplo del Maestro, debemos esforzarnos por proclamar la verdad del reino de Dios y las bendiciones para la humanidad a pesar de la oposición que podamos encontrar de parte de otros. Las pruebas que soportamos en la actualidad son sino aflicciones leves, en comparación con la gloria que deberá seguir, si somos fieles.

Que cada uno de nosotros aprecie nuestras muchas bendiciones, incluso cuando somos perseguidos, como una fuente de fuerza mientras nos esforzamos por ser fieles a nuestra vocación. — Mat. 5:10-12

Lección Seis

Una Comunidad Perdona

Versículo clave: "Y al que vosotros perdonáis, yo también; porque también yo lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vosotros lo he hecho en presencia de Cristo." — 2 Corintios 2:10

Escrituras Seleccionadas: 2 Corintios 1:23 - 2:11

UNO DE LOS principios bíblicos más difíciles de apreciar plenamente es la conveniencia de ofrecer perdón a un hermano o hermana que ha errado después de su arrepentimiento. "Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale." —Lucas 17:3, 4

El propósito de esas reprensiones de las cuales habla el Maestro en estos versículos no es de humillar a los errados o de abandonarlos para siempre. Más bien, se trata de conseguir el arrepentimiento deseado del individuo con la esperanza de recuperarlo a la comunión con el Señor y con sus hermanos.

En esta lección Pablo escribe a los hermanos en Corinto explicando que su visita planeada para verlos no tuvo lugar debido a que no deseaba causarles dolor al reprenderlos por haber tolerado anteriormente mala conducta en medio de ellos. Su deseo era que los hermanos recibieran esta carta, no con el fin de causarles dolor, sino que debiera considerarse como prueba de que el estándar de la justicia sincera debe prevalecer en todas sus acciones. —2 Cor. 2:1-4

Pablo continúa: "Pero si alguno me ha causado tristeza, no me la ha causado a mí solo, sino en cierto modo (por no exagerar) a todos vosotros. Le basta a tal persona esta reprensión hecha por muchos." (vss. 5, 6) Los creyentes de Corinto aparentemente había excomulgado al infractor de su asamblea. Habiendo hecho esto, sin embargo, Pablo recuerda también a los hermanos en cuanto a la necesidad de restaurar a tal persona a la comunión tras su contrición de corazón y el arrepentimiento. —vss. 7-9

En nuestro versículo clave, Pablo quería que los hermanos de Corintio se dieran cuenta de que debido a su obediencia a los requisitos bíblicos en este asunto, él ahora está en plena armonía con ellos. Si había algo que perdonar, por su propio bien y de acuerdo con la manera en la cual Cristo consideraría el asunto, él lo ha hecho.

Satanás siempre está dispuesto a atrapar a los creyentes con su astucia. En una situación como

la que acaba de describirse, él estaría muy feliz si los hermanos tolerasen el pecado en su congregación. Si él falla en realizar esto, el Adversario estaría satisfecho con abrumar al pecador arrepentido con dolor sin medida si no fuera restaurado a la comunión. Que seamos conscientes siempre de resistir estos lazos del diablo. —1 Pedro 5:8

Antes de su conversión en camino a Damasco, como Saulo de Tarso, el apóstol era culpable de perseguir a los seguidores de Cristo a pesar de que pensaba que estaba haciendo la voluntad de Dios. Como tal, podría apreciar el otorgamiento de la misericordia y el perdón del Padre tras reconocer el mal que hizo. —1 Cor. 15:9

Dadas nuestras debilidades e imperfecciones, deberíamos estar agradecidos de que nuestro misericordioso Padre Celestial es paciente para con nosotros siempre y cuando sigamos enfocándonos en la obediencia a su voluntad. Nuestro propio perdón de parte de Dios depende de nosotros haciendo lo mismo para los que pecan contra nosotros. —Mat. 6:14, 15

Lección Siete

Tesoro en Vasos de Barro

Versículo clave: "Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos."
—2 Corintios 4:8, 9

Escrituras Seleccionadas: 2 Corintios 4:2-15

EN LA lección de hoy, Pablo afirma su responsabilidad y la de otros siervos de Cristo a fin de presentar el evangelio con claridad, honestidad y coherencia que se refleja en la palabra de Dios. Fidelidad a esta comisión requiere que los creyentes eviten la presentación de especulaciones, tradiciones humanas, o palabras altisonantes que parecen placenteras para atraer a otros a hacerse seguidores asidos de Cristo. —2 Cor. 4:1, 2

En los versículos 3-5 de nuestra lección, leemos: "Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo

como Señor, y a nosotros como vuestros siervos por amor de Jesús.”

La mayoría de las personas en el mundo han sido cegadas a las verdades contenidas en la palabra de Dios, y a un aprecio correcto del evangelio de Cristo, por los engaños del adversario. Es sólo por el poder de Dios que los corazones de sus hijos han sido iluminados para apreciar el maravilloso plan de salvación contenido en la Biblia. El don del Espíritu Santo es semejante a un tesoro que encuentra alojamiento en nuestros frágiles cuerpos humanos para que nuestras mentes nuevas sean capaces de comprender las realidades de su Palabra. De hecho, el plan de Dios es comprendido sólo por aquellos que han sido llamados de las tinieblas a la luz admirable de la verdad divina.

Pablo nos recuerda de nuestros cuerpos débiles en el versículo 7 de la lección, diciendo que “tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.” Este será un pensamiento continuamente humillante para el pueblo consagrado del Señor. La verdad de la Palabra de Dios es un gran tesoro, y aunque por naturaleza somos débiles, vasos de barro, nuestro Padre Celestial, por su poder, nos ha encomendado ser administradores y ministros de su glorioso plan de salvación.

Nuestro versículo clave nos recuerda que al seguir los pasos del Maestro nos llevará a un camino que es contrario al espíritu del mundo. Esto

resultará en oposición de parte de los que nos perseguirían o nos calumniarían debido a nuestra vida consagrada. Como hermanos en Cristo, no debemos pensar que sea algo extraño que experimentemos pruebas ardientes por causa de nuestra fidelidad a la verdad y a la justicia. Así como el Maestro sufría mucho durante su existencia terrenal, todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución. La piedad implica que debemos ser motivados por los principios de la rectitud y demostrar justicia y bondad, no por lo que otros puedan pensar de nosotros, sino más bien en un intento de seguir las normas divinas.

Qué privilegio tenemos estar íntimamente vinculados con nuestro Redentor. Él nos dejó un ejemplo de seguir a medida que desarrollemos caracteres que nos capacitarán formar parte del sumo sacerdote simpatizante. Si somos fieles en hacerlo, junto con Jesús, nuestro cabeza, bendeciremos a la familia humana durante el venidero reinado de justicia en la tierra.

Lección Ocho

Una Comunidad Comparte sus Recursos

Versículo clave: "Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia."
— 2 Corintios 8:7

Escrituras Seleccionadas: 2 Corintios 8:1-14

COMO UNA manera de animar a los hermanos de Corinto para demostrar generosidad, Pablo les escribe en cuanto al ejemplo de los hermanos de Macedonia quienes, aunque en gran pobreza, se deleitaron en contribuir fondos que beneficiarían a los pobres santos de Jerusalén. Un ejemplo similar de anchura de corazón fue mencionado por nuestro Señor, cuando felicitó a la viuda que había dado dos blancas en el arca de las ofrendas. Ese fue todo el dinero que tenía. (Lucas 21:1-4) Por lo tanto, aquellos que se habían dedicado al servicio de Dios, como lo eran los creyentes de Macedonia, se deleitaron en prestar ayuda a los demás cristianos a medida que surgieran nuevas oportunidades. —2 Cor. 8:1-4

En vista de las bendiciones que los hermanos de Macedonia recibieron como resultado

de sus dádivas generosas, Pablo exhortó a Tito de llamar este mismo tema a la atención de la iglesia de Corinto. (vss. 5, 6) En nuestro versículo clave, Pablo reconoció primero la fe, el conocimiento, y el amor de los corintios así como otras virtudes que había observado en ellos. Sin embargo, él deseaba que ellos también sobresalieran en el espíritu de benevolencia como prueba de su sinceridad en seguir los principios cristianos, y como una manifestación de su condición de corazón santificada.

Una lección más amplia que se debe entender durante el tiempo de la Iglesia primitiva así como hoy, es el hecho de que la consagración implica más de sólo ayudar a otros con sus necesidades temporales. Los creyentes, al contrario, se han comprometido a dar su todo en el servicio del Maestro. El don más maravilloso que pudiera haber sido proporcionado por el Padre celestial para manifestar su gran amor hacia la familia humana fue impartido cuando envió a su Hijo como nuestro Redentor. —Juan 3:16, 17

A medida que Jesús llevó a cabo su vocación durante su existencia terrenal, observamos que el hacer la voluntad de Dios le llevó a ser consumido y agotado físicamente. Día tras día caminaba sobre calles polvorientas predicando, enseñando, y soportando la oposición de los pecadores. Uno de los aspectos del sufrimiento de Jesús fue el hecho de que él no tenía su propia

residencia en la que podía descansar, aunque era un invitado bienvenido en diversos hogares. —Mat. 8:19, 20

El espíritu de servicio y de sacrificio debe provocar la entrega de la vida misma de los creyentes, especialmente en la promulgación de las buenas nuevas del reino de Dios a todos aquellos que estén dispuestos a escucharlas. El propósito definitivo de haber apreciado las preciosas promesas contenidas en las Escrituras no se limita a darnos un conocimiento intelectual del plan de Dios, sino para ayudarnos en el proceso de transformación. Así, a través de la influencia santificadora del Espíritu Santo, podemos desarrollar un carácter semejante a aquel de Cristo.

El desinterés por nuestra parte nos llevará a la actividad en el servicio del Maestro. Que ejerzamos la debida diligencia a este imperativo para que podamos demostrar nuestro amor por Dios, sus justos principios, y finalmente participar en la obra de reconciliación de la humanidad con el Padre celestial, a medida que la humanidad se restaure a la perfección que fue perdida en el Edén. Que participemos diariamente en la abnegación y en llevar la cruz al seguir a nuestro Maestro. —Lucas 9:23

“LA ORGANIZACIÓN DE LA NUEVA CREACIÓN”

Parte VI

APÓSTOLES, PROFETAS, EVANGELISTAS, MAESTROS

Según lo que se piensa generalmente en la Cristiandad, el Señor había dejado, tocante a la organización de la Iglesia, instrucciones totalmente inapropiadas a los fines que había fijado, y había contado con su pueblo para que ése emplee su propia sabiduría con el fin de organizarse. Un buen número de hombres de diferentes opiniones aprobó organizaciones más o menos precisas, y así encontramos hoy a través del mundo, cristianos organizados de modos diferentes y sobre bases más o menos rígidas, cada uno aseverando la superioridad de su denominación particular, de su sistema particular de organización. ¡Esto es falso! No es razonable creer que Dios, habiendo preconocido esta Nueva Creación antes de la fundación del mundo haya descuidado su propio trabajo hasta el punto de dejar a su pueblo fiel sin comprensión clara de su voluntad y sin arreglo suficiente, una organización conveniente, para su bienestar. El espíritu humano se lleva o hacia la

anarquía por una parte, o hacia una organización rígida y la esclavitud por otra parte. Evitando estos dos extremos, el arreglo divino traza para la Nueva Creación una organización simple al grado más alto y evite todo lo que tiende a la esclavitud. En realidad, las Escrituras prescriben para cada cristiano individualmente: "Estad, pues, firmes en la *libertad* con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud." —Gál. 5:1.

Exponiendo este arreglo divino, hay que restringirnos totalmente a las exposiciones divinas, y debemos poner a un lado completamente la historia eclesiástica, recordando que la "apostasía" predicha ya había comenzado a obrar al mismo tiempo de los apóstoles, que después de la muerte de estos últimos, había progresado rápidamente para alcanzar su punto culminante en primer lugar en el sistema papal. Tomando la exposición de la Biblia, se nos permite incluir con los relatos del Nuevo Testamento los arreglos típicos establecidos bajo la Ley, pero debemos recordar continuamente que estos tipos representaban no sólo las cosas relacionadas con esta Edad Evangélica, sino que los arreglos para la Edad milenaria venidera. Por ejemplo, el Día de la Expiación ("Atonement") y la obra que se hacía allí, representaba, como hemos visto, la Edad Evangélica actual. En este día, el sumo sacerdote no llevaba sus trajes de "gloria", sino simplemente los trajes santos o los vestidos de

lino; esto ilustraba el hecho que durante la Edad Evangélica actual, ni el Señor ni la Iglesia ocupan un lugar de distinción o de gloria respecto a los hombres; su posición entera es simplemente representada como una posición de pureza, de justicia — tipificada por los vestidos de lino que, en el caso de la Iglesia, simbolizan la justicia ("righteousness") de su Señor y Jefe. Es después del Día de la Expiación que el sumo sacerdote revestía sus trajes de gloria, representando la gloria, la dignidad, etc. de la autoridad y del poder de Cristo durante la Edad milenaria. La Iglesia también es representada con su Señor en las grandes distinciones de esta figura, porque lo mismo que la cabeza del sumo sacerdote representaba a nuestro Maestro y Señor, así el cuerpo del sacerdote representaba la Iglesia; en consecuencia, los trajes de gloria representaban las altas funciones y los honores de todo el Sacerdocio real cuando haya venido el tiempo de la exaltación. La jerarquía papal pretende falsamente que el *reino* de Cristo está cumpliéndose por vía de delegación, que los papas son sus representantes y que los cardenales, los arzobispos y los obispos representan la Iglesia en gloria y en poder. Ella trata así de ejercer el poder civil y el poder religioso en el mundo e imita la gloria y la dignidad de la Nueva Creación elegida, en los trajes suntuosos que sus miembros llevan. Sin embargo, los miembros del verdadero

sacerdocio real, todavía llevan los vestidos blancos de sacrificio y esperan el verdadero Señor de la Iglesia y la verdadera exaltación a “la gloria, la honra y la inmortalidad”, cuando el último miembro de los elegidos haya terminado su parte en la obra de sacrificio.

Es del Nuevo Testamento en particular que debemos esperar a recibir nuestras instrucciones tocantes a la organización y las reglas de la Iglesia durante el período de su humillación y de su sacrificio. El hecho de que estas reglas no se encuentran condensadas no debe impedirnos de esperar y de encontrar que constituyan sin embargo un sistema completo. Debemos luchar contra la espera natural de nuestro juicio torcido concerniente a las leyes, y recordar que los miembros de la Iglesia como hijos de Dios reciben una “ley perfecta de libertad” porque no son en lo sucesivo más servidores, sino hijos; los hijos de Dios deben aprender el uso de la libertad de los hijos y, por este medio, al grado más alto, su obediencia absoluta a la ley y a los principios de amor.

El Apóstol nos describe una imagen de la Nueva Creación que ilustra el tema completo: la de un cuerpo humano cuya cabeza representa al Señor, y las diversas partes y los miembros representan la Iglesia. En 1 Cor. 12, este tema se trata con grandes detalles y de una manera muy simple. La explicación dada es: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los

miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo [un solo cuerpo (o compañía) constado de muchos miembros]. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en *un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". El Apóstol prosigue llamando la atención en el hecho de que si el buen estado de un cuerpo humano depende de una medida amplia de unidad, de armonía y de cooperación de todos sus miembros, así es con la Iglesia, el cuerpo de Cristo. Si un miembro sufre de dolores, o de degeneración o de malformación, todos los miembros están afectados, si lo quieran o no, y si un miembro es especialmente bendecido o reconfortado o refrescado, todos los demás tienen una parte de las bendiciones. Él observa (v. 23) que procuramos cubrir y esconder las debilidades, las taras, etc. de nuestro cuerpo natural y que procuramos socorrerlo y ayudarlo. Así debería ser con la Iglesia, el cuerpo de Cristo: los miembros más débiles deberían recibir una solicitud especial lo mismo que ser cubiertos por la caridad (el amor) "para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros", del más humilde tanto como del más favorecido —versículo 25.

Según lo que precede, la organización de la Iglesia hecha por el Señor, es verdaderamente una

organización muy completa, pero lo es en gracia como en la naturaleza: donde la organización es completa, no hay necesidad en absoluto de horcates ni de vendas. Un árbol es totalmente organizado y forma un todo desde la extremidad de las ramas hasta las raíces, y por eso las ramas no son tenidas por ataderos especiales o por cuerdas, o tablillas o reglamentos y leyes escritas; así es para el cuerpo de Cristo. Si sus diversos miembros son convenientemente adaptados, concedidos y unidos según las directivas dadas por el Señor, no es necesario de ninguna manera de tener cuerdas, horcates o tablillas para mantener juntos los diversos miembros, es decir, ninguna necesidad de leyes, de credo y de medios humanos impresionantes para reunirlos o mantenerlos juntos. El Espíritu solo es el lazo que une, y siempre y cuando el espíritu de vida queda, una unidad, o acuerdo (conjunto de los miembros) del cuerpo también debe quedar, y esta unión será fuerte o débil según la abundancia del Espíritu del Señor.

El Apóstol va más lejos y demuestra que Dios es el superintendente de los asuntos de esta organización, la Nueva Creación que Él mismo proyectó e inauguró. Así él se expresa: “Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular. Y a unos *puso* Dios en la iglesia [*Ecclesia*, cuerpo], primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los

que administran, los que tienen don de lenguas.” [v. 27]. Será un pensamiento nuevo para muchos que tienen la costumbre de colocarse a sí mismos y de colocar unos a otros en puestos de gloria, de honor, de confianza y de servicio en la Iglesia, de darse cuenta que Dios prometió ser el superintendente en este asunto entre los que le esperan a él para ser guiados y que son dirigidos por su Palabra y por su Espíritu.

Si se reconocía esto, ¡cuán pocos se atreverían a buscar los primeros lugares e intrigarían de una manera política para asegurarse de los puestos de honor! Discernir el cuidado que toma Dios de la Iglesia verdadera es, en primer lugar, distinguirla de entre los sistemas nominales; luego es procurar, con reverencia y humildad, a conocer la voluntad divina tocante a todos los arreglos, los servicios y los servidores de la Iglesia verdadera. El Apóstol pregunta: “¿Son todos apóstoles? ¿Son todos profetas? ¿Todos maestros? ¿Hacen todos milagros?” Al hacerlo, él implica que uno reconocerá, en general, que tal no es el caso, y que quienquiera que se reconoce como aquel que ocupa una u otra de estas posiciones, debería ser capaz de proporcionar una prueba evidente que lo hace por parte de Dios; debería ejercer su ministerio, o su servicio, no para complacer al hombre, sino para complacer al gran superintendente de la Iglesia, a su Jefe y al Señor. El Apóstol llama nuestra atención al hecho de que estas diferencias en la Iglesia

corresponden a las mismas que existen en los miembros del cuerpo natural, y que cada miembro es necesario y que ninguno debe ser despreciado. No se permite al ojo decir al pie, a la oreja, a la mano: no te necesito. ¿Si todos eran un solo y único miembro, dónde estaría el cuerpo? porque "el cuerpo no es un solo miembro sino muchos". —Versículos 19, 14.

Es verdad que ya no existe más la misma variedad de miembros en la Iglesia, porque como el Apóstol lo señala: "Las lenguas son por señal, no a los creyentes, sino a los incrédulos", como también fue el caso con los milagros. Cuando murieron los apóstoles en los cuales residía el poder de conferir estos *dones* del Espíritu y cuando murieron los que habían recibido de ellos estos dones, estos milagros — *dones* — como nosotros ya hemos visto, cesaron en la Iglesia. No obstante, para cada hombre y para cada mujer, todavía habría en la Iglesia un trabajo correspondiente, una ocasión favorable de servir al Señor, la Verdad y a los otros miembros del cuerpo de Cristo, y esto según las capacidades naturales de cada uno. Mientras cesaban estos milagros, el desarrollo en la Verdad, en el conocimiento del Señor y en las gracias del Espíritu los reemplazó. Hasta cuando estos dones inferiores de curación, de lenguas, de interpretaciones, y de milagros existían en la Iglesia, el Apóstol exhortaba a los hermanos en "procurar, pues, los dones mejores". [v. 31]

Ellos no podían razonablemente desear o esperar un sitio como Apóstol ya que había sólo doce, sino podían desear ser profetas (comentadores) o maestros. “Mas yo os muestro”, añade el Apóstol, “un camino aun más excelente” (v. 31.). Él prosigue mostrando que bien por encima de cualquier de estos dones o servicios en la Iglesia, hay un honor de poseer en una gran medida el espíritu del Maestro, el Amor. Él destaca que el miembro más humilde de la Iglesia que alcanza al amor perfecto, en los ojos del Señor, ha alcanzado una posición más elevada y más noble que la de cualquier apóstol o profeta o maestro que falla de la gracia del amor. Él declara que cualesquier que sean los dones, si el amor falta, todo es vano y poco satisfactorio en los ojos del Señor. En realidad podemos estar seguros que nadie puede ser aprobado mucho tiempo del Señor en la posición de apóstol o de profeta o de maestro en la Iglesia si no alcanzara esta fase del amor perfecto, o por lo menos si no procuraba alcanzarlo. En caso contrario, se le permitiría ser arrastrado ciertamente en las tinieblas, y tal vez hacerse un maestro del error en lugar de ser un maestro de la Verdad, de hacerse un servidor de Satanás para cribar a los hermanos.

En su carta a los Efesios (4:1-16), el Apóstol reitera esta lección de la unidad de la Iglesia bajo el aspecto de un solo cuerpo compuesto de numerosos miembros, sometido a la sola Cabeza, Cristo Jesús,

y unido por un solo espíritu, un espíritu de amor. Él exhorta a todos estos miembros de andar de una manera digna de su llamamiento por la humildad, la dulzura, la longanimidad, el apoyo mutuo afectuoso, esforzándose por conservar la unidad del Espíritu en el lazo de la paz. En este capítulo, el Apóstol presenta a diversos miembros del cuerpo designados para cumplir algunos servicios especiales y nos señala qué es el *objetivo* del servicio, diciendo: "Él dio algunos [como] apóstoles, a otros [como] profetas, a otros [como] evangelistas, a otros [como] pastores y maestros; *con vistas a la perfección de los santos*, para la obra del servicio [que los prepara para el glorioso ministerio de servicio del Reino milenario], para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos nosotros alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo: con el fin de que, siendo verdaderos en el amor, crezcamos en todas las cosas aun en aquel que es el Jefe [la Cabeza], el Cristo; de quien todo el cuerpo, bien ajustado y ligado juntos por cada coyuntura de cohesión, produce el crecimiento del cuerpo para la edificación en el amor." —Ef. 4:11-16.

Observamos la imagen que el Apóstol dibuja para nosotros: el de un cuerpo humano pero pequeño y no desarrollado. Él nos enseña que es la

voluntad de Dios que todos los diversos miembros crecen hasta el desarrollo completo, en la fuerza y en el poder: “el estado de un hombre maduro” es la imagen que representa la Iglesia en su condición conveniente y completa. Conservando esta imagen a través de la Edad hasta el tiempo presente, vemos que uno tras otro los miembros se durmieron a la espera de la organización grandiosa de la mañana milenaria en la Primera Resurrección. También vemos que todos estos miembros fueron reemplazados continuamente de modo que la Iglesia nunca fue sin organización completa, aunque a veces haya podido haber debilidades más grandes en un miembro y una fuerza más grande en otro. Sin embargo, de todo tiempo, cada miembro debe hacer todo lo que está en su poder para edificar el cuerpo, para fortificar a los miembros y para perfeccionarlos en las gracias del Espíritu — “hasta que todos nosotros alcancemos la unidad de la fe”.

La unidad de la fe es deseable; hay que hacer todo lo posible para obtenerla, no obstante no el tipo de unidad que se busca en general. La unidad debe hacerse en el sentido de “la fe que ha sido una vez dada a los santos” en su pureza y su sencillez, cada miembro teniendo la plena libertad de adherirse a diferentes opiniones sobre puntos secundarios, no obstante, ninguna enseñanza teniendo relación con especulaciones y teorías humanas, etc. La idea bíblica de la unidad descansa en los principios

fundamentales del Evangelio: (1) Nuestra redención gracias a la sangre preciosa, y nuestra justificación por la fe en ella.[1] (2) Nuestra consagración, santificación puesta de lado para el Señor, la Verdad y su servicio, incluso el servicio de los hermanos. (3) Aparte de estos puntos esenciales sobre los cuales se debe exigir la unidad, no puede haber comunión conforme a la Escritura; sobre otro punto, la libertad más grande puede ser concedida sin embargo con un deseo de discernir y de ayudar a otros a discernir el plan divino en todos sus rasgos y sus detalles. Así, cada miembro del cuerpo de Cristo, manteniendo su propia libertad personal, es tan completamente consagrado a la Cabeza y a todos los miembros que su placer será de entregar su todo, su vida misma, a favor de ellos.

Ya hemos examinado el trabajo especial de los apóstoles, y el hecho de que su número fue limitado y que todavía cumplen su servicio en la Iglesia, hablando en calidad de portavoz del Señor a su pueblo a través de su Palabra. Ahora examinemos estos otros servicios de la Iglesia a los cuales se refiere el Apóstol como los dones del Señor en el cuerpo general, o *Ecclesia*.

El Señor provee los apóstoles, los profetas, los evangelistas, los pastores, los maestros, para la bendición del cuerpo general, concerniente a la vez su bienestar presente y su futuro bienestar. Él

[1] "Por una fe manifestada en ella". —*Edit*.

regresa a los que descansan sinceramente en el Señor, la Cabeza, el Guía de la Iglesia, su cuerpo, de confiar, de buscar y de observar sus dones en todos estos detalles, de aceptarlos y de emplearlos, si quieren obtener la bendición prometida. Estos dones no están impuestos en la Iglesia, y los que los descuidan cuando se les ofrecen, sufren una pérdida correspondiente. El Señor colocó estos dones en la Iglesia desde el principio y nos dio así el arreglo ideal de la Iglesia, dejándole a su pueblo el cuidado de seguir el modelo así propuesto y de recibir bendiciones en proporción, o de despreciar el modelo y de tener las dificultades y las decepciones correspondientes. Busquemos, siendo los que desean ser conducidos y enseñados por el Señor, a aprender cómo al principio, él colocó a los diversos miembros, y cuáles dones de este género le concedió después a su pueblo, con el fin de que podamos así apreciar cuáles de estos dones están en nuestra disposición y sacar provecho de ésos con el más posible celo en el futuro.

El Apóstol declara que al Señor le gusta que no haya ningún cisma en el cuerpo, ninguna escisión, ninguna división. Con métodos humanos, las divisiones son inevitables, excepto en el período de triunfo del Papado, donde el sistema nominal se hizo muy poderoso y utilizó métodos muy duros de persecución con respecto a todos los que no estaban de acuerdo con él. No obstante, esta unidad fue una *unidad de fuerza*, de coacción, una unidad aparente

y no una unidad de corazón. Aquellos que el Hijo libera nunca pueden tomar parte de todo corazón en tales uniones, en las cuales la libertad personal es totalmente destruida. Para las denominaciones protestantes, la dificultad no consiste en que ellas son demasiado liberales y, que en consecuencia, se separaron en numerosas sectas, sino más bien en que conservaron mucho de la institución-madre, sin poseer el poder que tuvo en cierta época para sofocar y suprimir la libertad de pensamiento. Sorprenderemos sin duda a muchos diciendo, que en lugar de tener demasiadas divisiones o escisiones del género que vemos en todas partes, la necesidad verdadera de la Iglesia de Cristo es de *más libertad aún*, hasta que cada miembro individual sea libre e independiente de todo lazo, credo, humanos, confesiones, etc. Si cada cristiano individualmente permaneciera en la libertad por la cual ha sido liberado por el Señor (Gál. 5:1; Juan 8:32) y si cada cristiano individualmente se uniera escrupulosamente al Señor y a su Palabra, discerniríamos muy rápidamente la unidad original que las Escrituras inculcaban, y todos los verdaderos hijos de Dios, todos los miembros de la Nueva Creación, se encontrarían atraídos unos hacia otros igualmente libres, y ligados unos a otros por los lazos del amor mucho más fuertemente que son los hombres en los sistemas y las sociedades terrestres. “Porque el amor de Cristo nos *constriñe*

[*nos une estrechamente — Martín*, versión francesa]". —2 Cor. 5:14.

Todos los miembros de la familia de Aarón eran elegibles en los servicios del sacerdocio; sin embargo, había ciertas restricciones respecto a este tema, ciertos obstáculos y ciertas ineptitudes para el servicio. Es así entre el "Sacerdocio real" antitípico: todos son sacerdotes, todos son miembros del cuerpo ungido, y la *unción* significa para cada uno una plena *autoridad* de predicar y de enseñar las buenas nuevas, así como está escrito: "El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque *me ungió Jehová; me ha enviado a predicar* buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón", etc. [Isaías 61:1]. Aunque estas palabras se hubieran aplicado especialmente a la Cabeza de Cristo, la Nueva Creación, el Sacerdocio real, también se aplican a todos los miembros; es por eso que, en un sentido general, cada hijo de Dios consagrado tiene, por su unción del Espíritu Santo, una plena autorización o un poder de predicar la Palabra, "para anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable". —1 Ped. 2:9.

Sin embargo, lo mismo que los sacerdotes típicos debían ser exentos de ciertas tareas y haber alcanzado cierta edad, así entre los miembros del Sacerdocio real, a algunos les faltan las calificaciones que otros poseen para el servicio

público. Pertenece a cada uno (Rom. 12:3, 6) de buscar seriamente por sí mismo la medida de los dones de Dios que posee y, por ahí, la medida de su capacidad de servir y de su responsabilidad. De la misma manera, todos los miembros deben informarse de las calificaciones tanto naturales como espirituales, así como los conocimientos de los otros miembros y, consecuentemente, juzgar la voluntad divina. En el tipo, la edad era un elemento de apreciación, pero tocante a los sacerdotes antitípicos, esto significaría la experiencia, el desarrollo de carácter; en el tipo, el afecto del estrabismo significaría para el sacerdocio antípico una falta de clarividencia y de comprensión en las cosas espirituales, lo que sería un impedimento en el servicio público en la Iglesia. Del mismo modo, todas las diversas defectuosidades que constituían un impedimento para el sacerdocio típico, representarían diversas incapacidades morales, físicas o intelectuales entre el Sacerdocio real antitípico.

No obstante, como en el tipo, los sacerdotes que tenían defectos físicos disfrutaban de todos los privilegios entre los que gozaban los otros por lo que era de su propio alimento, del consumo de los panes de proposición, de sacrificios, etc. así es para nosotros en el antitipo; las ineptitudes que pudieran impedir a un miembro del cuerpo de Cristo de ser un servidor público de la Iglesia y de la Verdad no impiden necesariamente su desarrollo espiritual, ni

que se lo reconozca como el que posee plenamente los derechos que tienen otros en la mesa espiritual del Señor y en el trono de gracia. Lo mismo que nadie podía ejercer la función del sumo sacerdote si presentaba una malformación física o no tenía la edad requerida, así los que quisieran servir como ministros de la Verdad "en la palabra y la doctrina" no deberían ser novicios, sino miembros del cuerpo que la madurez de carácter, de conocimiento y de posesión de los frutos del Espíritu cualificaría para tal servicio. Ésos debían ser admitidos como ancianos, no necesariamente ancianos según su edad de vida natural, sino ancianos, mayores o hermanos de edad madura respecto a la Verdad y su aptitud de aconsejar y amonestar a los hermanos según las directivas de la Palabra del Señor.

Comprendiendo así el sentido del término "Anciano", reconocemos como razonables las Escrituras que declaran que todos los que ejercen ministerios de la Verdad son designados a propósito por el término "Anciano", que ellos hagan el servicio de un apóstol, de un profeta, de un evangelista, de un pastor o de un maestro. Para desempeñar apropiadamente cualquiera de estas posiciones de servicio, hay que ser reconocido como Anciano en la Iglesia. Así es como declararon los apóstoles que eran ancianos (1 Ped. 5:1; 2 Juan 1). Cuando es cuestión de ministros (siervos) de la Iglesia y de su selección, encontramos en nuestras versiones bíblicas tres nombres para designarlos:

OBISPOS, ANCIANOS, PASTORES

Estos tres términos inducen sin embargo a error, por causa de su mala aplicación en las iglesias de diversas denominaciones; es por eso que es necesario que expliquemos que la palabra obispo significa simplemente *superintendente*, y que cada Anciano establecido fue reconocido como el superintendente de un gran o pequeño trabajo. Así, por ejemplo, en cierta ocasión el Apóstol fue recibido a Éfeso por los ancianos de la Iglesia. Despidiéndose de ellos, él les dijo: "Tengan cuidado de sí mismos y de toda la congregación, en medio de la cual el Espíritu Santo les ha hecho obispos *(supervisores)* para pastorear la iglesia de Dios." —Hechos 20:28, *Nueva Biblia de los Hispanos*.

Sin embargo, por los medios providenciales del Señor, algunos de estos ancianos recibieron un campo más grande de influencia o de vigilancia en la Iglesia, y pudieran de este hecho ser llamados a propósito *superintendentes generales*. Tales fueron todos los apóstoles: el apóstol Pablo tuvo un campo más grande de vigilancia, en particular entre las iglesias establecidas — entre los Gentiles, en Asia Menor y en Europa meridional. No obstante, esta posición de superintendente general no fue reservada para los apóstoles: en su providencia el Señor levantó a otros para servir la Iglesia de esta manera, "no por ganancia deshonesta, sino con

ánimo pronto", con el deseo de servir al Señor y a los hermanos. Al principio, Timoteo se emprendió en este servicio bajo la dirección del apóstol Pablo y en parte como su representante, y fue recomendado a diversas asambleas o *ecclesias* del pueblo del Señor. El Señor era, y todavía es, completamente competente para continuar enviando a tales superintendentes a merced de su selección con el fin de aconsejar y de amonestar su rebaño. De su lado, el pueblo del Señor debería ser completamente competente para juzgar el valor de la opinión dada por estos superintendentes. Estos últimos deberían tener una vida piadosa, una conducta humilde y un espíritu de abnegación; ellos no deberían buscar absolutamente ni el honor ni la ganancia sórdida, y su enseñanza debería poder sostener el examen de los que estudian seriamente la Biblia, escudriñando cada día las Escrituras para ver si lo que se les presenta está en conformidad a la vez con la letra y el espíritu de la Palabra. Como hemos visto, así se procedía con las enseñanzas de los apóstoles (estos últimos sí mismos invitaban a los hermanos a hacerlo), elogiando especialmente a los que actuaban así con prudencia sin ser puntillosos, hipercríticos. —Hechos 17:11.

No obstante, para que podamos juzgarlo según la historia de la Iglesia, el espíritu de rivalidad y el amor de los honores tomaron rápido el sitio del espíritu de devoción humilde y de abnegación,

mientras que la credulidad y el halago suplantaron fácilmente el examen de las Escrituras. El resultado fue que los superintendentes se hicieron gradualmente dictadores, aspiraron gradualmente a la igualdad con los apóstoles, hasta que, finalmente, se elevara entre ellos una rivalidad, y que algunos de ellos se dieran conocer y observar por el título jefes-obispos o arzobispos. Pronto después, una rivalidad entre estos arzobispos condujo a la exaltación de uno de ellos a la posición de papa. Después, el mismo espíritu prevaleció a un grado más o menos grande, no sólo en el papado, sino que entre los que habían sido engañados y extraviados por su ejemplo, lejos de la sencillez de la organización primitiva. En consecuencia, encontramos hoy que tal organización vigente en la Iglesia primitiva, es decir, sin nombre sectario, y sin gloria, sin honor y sin autoridad por parte de una minoría sobre la masa, y sin distinción entre clero y laicos, es considerada como ¡*no ser en absoluto una organización*! Estamos sin embargo felices colocarnos entre estos desestimados para imitar estrechamente el ejemplo de la Iglesia primitiva y para gozar, de modo correspondiente, de libertades y de bendiciones similares.

(La siguiente parte del libro "La Nueva Creación" se publicará en la edición de septiembre-octubre de 2014)